

timonia tua ; tempus faciendi. Domine : Vuestro siervo soy, Señor : dadme entendimiento para conocer lo que quereis que haga, y para practicarlo ; porque ya es tiempo de acreditar mi rendimiento mas con obras que con palabras. Tercero : Oye con respeto la palabra de Dios, estando persuadido de que á tí solo se dirige, y contigo solo habla. Cuarto : Ten cuidado que las aves no se coman todo el grano ; y despues del sermon pide al Señor su gracia para que te aproveches de lo que oiste.

2. Es la sagrada Escritura la palabra de Dios pura y neta. ¡Qué indignidad es leerla sin atencion, sin devocion y sin respeto ! ¡ qué impiedad abusar de ella para burlas, para chistes, para aplicaciones profanas ! Desde el principio de la Iglesia se valió el demonio de todos los herejes para corromper el sagrado texto. Hablaban ellos, y gritaban por todas partes : Dios es el que habla. De aqui nació aquella tropa de espíritus lijeros ó corrompidos, que en todos tiempos han engrosado el partido de los herejes : de aqui aquel espíritu de rebelion contra la Iglesia, que siendo la única depositaria de la fe, y la única á quien el Señor ha prometido su verdadero espíritu, es tambien la única que puede descubrir, desenmarañar y proscibir el error. Ninguna herejia ha habido en que no haya reinado el fanatismo : habla la pasion, el orgullo y la disolucion, y ella grita que es Dios el que habla. No hay cosa mas perniciosa que los libros heréticos : ten un santo horror á todos los que condena la Iglesia. Por lo comun están escritos con mucho arte, con bello estílo, con gracia, con sal ; el papel, la letra, hasta la encuadernacion embelesa : pero es muy peligroso el veneno de que están llenos ; cuanto mejor preparado está, mas sutil es y mas de temer ; rara vez se expele si llega á introducirse. Sola la Iglesia conserva la palabra pura de Dios : nunca

leas otros libros que los que ella autoriza, y procura informarte de un sabio y santo director qué libros podrás leer sin peligro. El estómago débil no puede con alimentos fuertes. Apenas ha habido secta ó herejia que no haya traducido en lengua vulgar la sagrada Escritura, poniéndola en manos de los ignorantes y de las mujeres. Presto se toma una plaza cuando se envenenan todas las fuentes. No sin razon ha prohibido tantas veces la Iglesia en sus concilios que se traduzca la sagrada Escritura en lengua vulgar. No la leas en esta lengua sin licencia, y léela siempre con devocion y con mucho respeto. Muchos santos la leian de rodillas y con la cabeza descubierta. ¡ Oh, y cuánto es de temer que este prurito que tienen de leer la sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortisimos entendimientos, no nazca del enemigo de la salvacion y del espíritu de orgullo !

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN CLETO Y SAN MARCELINO, PAPAS Y MÁRTIRES.

San Cleto fué romano ; y habiéndole convertido á la fe el apóstol san Pedro, se hizo discipulo suyo, y en la escuela de tal maestro aprovechó tanto en poco tiempo, que fué ejemplo y modelo de todo el clero de Roma, asi por su zelo, como por su fervor y admirable devocion.

Con su afabilidad conquistaba los corazones hasta de los mismos paganos ; y el grande amor que profesaba á Jesucristo, daba á entender que habia heredado de su maestro aquella singular ternura al Salvador. Hacia san Pedro tanto aprecio de san Cleto,

que se cree con razon haberle escogido juntamente con san Lino, no solo para trabajar bajo su direccion en Roma y sus contornos, como los demás operarios evangélicos que empleaba en la viña del Señor, sino tambien para gobernar en su ausencia aquella primera iglesia del mundo.

Habiendo terminado san Pedro, el año 67 del Señor, su gloriosa carrera por medio del martirio, le sucedió inmediatamente san Lino, y á san Lino sucedió san Cleto. Bien era menester un pontífice tan grande en aquellos dificultosos tiempos de una Iglesia recién nacida, en los cuales era universal la persecucion, y los fieles estaban necesitados de quien los socorriese y los alentase. Todo lo hallaron en la inmensa caridad de nuestro santo. No hubo provincia en toda la extension del imperio romano, no hubo rincón tan escondido en donde las necesidades de los cristianos no sintiesen los efectos de su caridad y de su zelo. A unos socorria con limosnas, á otros alentaba con sus cartas, y á todos dirigia y consolaba con sus paternales instrucciones. Aunque el rebaño era muy numeroso, á todo proveia el vigilante pastor. Ordenó en Roma veinte y cinco presbíteros, y no omitió medio alguno de cuantos podian contribuir al bien, aumento y propagacion de la Iglesia.

Habia doce años que la gobernaba con toda aquella vigilancia, prudencia y acierto que se podía esperar de uno de los mas amados discípulos del príncipe de los apóstoles, cuando Domiciano, tirano el mas encarnizado enemigo de los cristianos que hasta ahora se ha conocido, excitó contra ellos una de las mas horribles persecuciones que padecieron jamás. Son indecibles las crueldades que ejerció contra los siervos de Cristo, cuyo nombre estaba resuelto á exterminar. La tempestad estalló á un mismo tiempo en todas partes: en un solo dia se contaron muchos millares de

mártires; y en todos los ángulos del mundo corrian arroyos de sangre de aquellos héroes cristianos.

Pero hacia poco caso el tirano de la exterminacion del rebaño, mientras quedase con vida el pastor; y así convirtió contra él toda su rabia. Mandó que fuese buscado el pontífice romano, el cual no cesaba de correr dia y noche por la ciudad y por la campaña, arrastrado, digámoslo así, por grutas y por cavernas, para asistir y consolar á los fieles. Fué preso san Cleto y metido en una cárcel cargado de cadenas. La alegría que mostró, con admiracion de todos, acreditaba el deseo que tenia de derramar su sangre por Cristo; pero la impaciencia con que estaba el tirano por verle acabar la vida, le ahorró muchos tormentos. Fué, pues, martirizado en Roma, el dia 26 de abril del año de 95. Consérvase su cuerpo en la iglesia de San Pedro del Vaticano, y se muestran algunas de sus santas reliquias en la de San Pablo de la Plaza Colona.

Hónrale como á su patron y titular la ciudad de Ruvo en la antigua Calabria creyéndose en ella, por antigua tradicion, que habiendo ido allá san Cleto, viviendo todavia san Pedro, ó poco despues de su muerte, siguiendo sus correrias apostólicas, convirtió á la fe la mayor parte de sus vecinos, y fué su primer obispo, ó á lo menos su apóstol, antes de ascender al sumo pontificado.

Celebra en este mismo dia la Iglesia la fiesta de san Marcelino, cuya vida y santa muerte han sido siempre para los fieles no menos de grande instruccion, que poderoso motivo de confianza en la misericordia del Señor.

Fué san Marcelino de Roma, hijo de un hombre que se llamaba Proyecto. Sus bellas prendas y virtud se dejan conocer por lo mucho que se distinguia en el clero, y por la general estimacion que se merecia en

toda la ciudad. Habia prestado importantes servicios á la Iglesia en el pontificado de san Cayo. Era sabio en la ciencia de los santos, infatigable en el trabajo, y estaba bien instruido de las necesidades de la Iglesia; por lo cual, despues de la muerte de san Cayo, fué escogido para gobernarla en aquellos borrascosos tiempos del imperio de Diocleciano y Maximiano, enemigos inexorables del nombre cristiano, que habian jurado perder á la Iglesia del Señor. Ascendió san Marcelino á la silla apostólica el año de 296. Asegura Teodoreto, que supo adquirirse grande gloria en tiempos tan calamitosos. Sirvióle de mucho su prudencia y su virtud en medio de un pueblo á quien el nombre solo de cristiano irritaba y enfurecia, y su zelo se dejó conocer de todos los fieles. Hacia el año 303 se declaró la guerra contra la Iglesia, mandando Diocleciano por nuevos decretos que se emplease todo género de tormentos para exterminar de una vez á los cristianos. Fué tan horrible la persecucion, que en menos de un mes se contaron quince mil mártires. No perdonó al pontífice de Roma; echaron mano de Marcelino, y habiéndole llevado á la cárcel, le hicieron padecer todo cuanto puede inventar un pueblo furioso para cansar la mas sufrida paciencia.

Usaron de todas las amenazas que pudo discurrir la mas bárbara inhumanidad para intimidar á un pobre viejo; llevaronle arrastrando al templo de Júpiter, y amenazándole que le harian sufrir de una vez todos los suplicios si no sacrificaba á los dioses, le obligaron á ofrecer incienso á los idolos. Olvidado entonces Marcelino de quien era, vencido del temor de los tormentos y no dando oidos mas que á su propia flaqueza, cayó en la miseria de ofrecer incienso á los dioses falsos, afligiendo y contristando á la Iglesia con tan funesta caida.

A la verdad, esta fué seguida de un pronto arrepentimiento. Apenas se vió en libertad, cuando penetrado del mas vivo dolor, se entregó todo á las lágrimas y á los suspiros. Horrorizado con la gravedad de su culpa, y no queriendo perder un instante para reparar el escándalo, escribió luego á todos los obispos que podian juntarse prontamente, y los convocó para Sinuesa, ciudad de Italia en la Campaña ó tierra de Labor.

Habiendo concurrido á ella muchos obispos, se dejó ver el papa Marcelino en medio del concilio en traje de penitente, y deshaciéndose en lágrimas, pidió á los padres le alcanzasen del Señor el perdon de su enorme pecado, y le impusiesen por él la penitencia que gustasen. Aturdidos los padres al ver en estado y traje tan humilde á la cabeza visible de la Iglesia, le respondieron todos á una voz: « La primera silla del mundo no reconoce tribunal superior. Pues imitásteis á Pedro pecador, imitad á Pedro penitente; sed su copia, asi como sois su sucesor. Por su contricion y por sus lágrimas obtuvo él la remision de sus pecados; por las vuestras debeis vos esperar de la bondad infinita de Dios la remision de los vuestros. Ninguno de nosotros tendrá osadía para juzgaros; sed vos mismo vuestro juez: á vos os toca reparar el escándalo que habeis dado. »

No tardó mucho en hacerlo. En aquel mismo dia se presentó delante del juez, y le dijo con valor que si por haber contado demasiadamente con sus propias fuerzas, habia tenido la desdicha de ceder al miedo de los tormentos, esperaba ahora en la gracia de Jesucristo, único y solo Dios verdadero, que repararia su flaqueza, padeciendo por la fe que confesaba los mas horribles suplicios. Presentáronle luego á Diocleciano, y viéndose Marcelino en su presencia, le dijo: « Confieso, Señor, que tuve la

desgracia de dejarme intimidar de vuestras amenazas, y de ofrecer incienso á los ídolos; pero aquí estoy para reparar mi culpa. En vuestras manos me tenéis: cuanto mas me hiciéreis padecer, mas contentaréis la ansia que tengo de hacer penitencia. Bien podeis atemorizar á los cristianos, y bien pueden apostatar algunos tan flacos y tan miserables como yo; pero ni nuestra miseria ni vuestros tormentos podrán derribar la Iglesia. Cristo, mi divino Salvador, único y solo Dios verdadero, la cimentó sobre un fundamento inmóvil y eterno. »

Irritóse tanto el tirano al oír aquella tan generosa confesion de nuestro santo, que mandó le cortasen al punto la cabeza; lo que se ejecutó sin dilacion. De esta manera reparó este ilustre mártir y santo papa con el derramamiento de su sangre su triste caída y el escándalo que habia dado.

No ignoro que algunos autores modernos han querido poner en duda este hecho; pero habiendo pesado bien sus razones, me pareció mas acertado adherir al testimonio de los autores que florecieron mas de mil y doscientos años ha, y á la autoridad de unas actas tan antiguas, que á la crítica poco segura de los que escribieron de ayer acá (1).

Mas de un mes estuvo en la plaza, donde se ejecutó la sentencia, el cuerpo de nuestro santo, con los de

(1) Sin embargo de lo que dice el autor de estos escritores modernos, no podemos menos de concederles una grande autoridad; y en cuanto al hecho de que se trata, su crítica nos parece sana, fundándose en el exámen de los monumentos mas antiguos, y apoyando su juicio nada menos que en los escritos de un san Agustín. Este santo doctor, en el libro que escribió contra Petiliano, obispo donatista, justifica á san Marcelino del crimen de apostasia, y muestra que todo lo que se atribuía á este santo papa de haber sacrificado á los ídolos y entregado las Escrituras, era pura invencion y calumnia de los Donatistas. Véase al P. Pagi, al P. Alejandro, á Tillemont y al cardenal Orsi.

san Claudio, Quirino y Antonino, por haber mandado el emperador que ninguno les diese sepultura; pero al fin el presbítero Marcelo los hurtó de noche, y los enterró en el cementerio de Priscila. Aseguran muchos que el año de 849, el papa Leon IV regaló el cuerpo de san Marcelino á Nomenoy, duque de Breñaña, que habia tomado el titulo de rey, y que fué llevado con gran pompa á la abadia de San Salvador de Redon, en la diócesis de Vanes, cuyo abad era san Couvoyon, que hacia oficio de embajador de Nomenoy cerca del papa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de san Cleto papa, el segundo que gobernó la Iglesia despues del apóstol san Pedro: recibió la corona del martirio en la persecucion de Domiciano.

Allí mismo, san Marcelino, papa y mártir, que en tiempo del emperador Maximiano fué decapitado por la fe de Jesucristo, en compañía de Claudio, Cirino y Antonino: la persecucion que se suscitó entonces fué tan violenta, que en menos de un mes obtuvieron la palma del martirio diez y siete mil cristianos.

En Amasea en el Ponto, san Basileo obispo, que sufrió gloriosa muerte en tiempo del emperador Licinio: su cuerpo fué arrojado al mar, pero un cristiano llamado Elpidiforo lo encontró por revelacion de un ángel, y le dió honrosa sepultura.

En Braga en Portugal, san Pedro mártir, primer obispo de esta ciudad.

En Viena, san Clarencio, obispo y confesor.

En Verona, san Lucidio obispo.

En el monasterio de Céntula, san Ricario, presbítero y confesor.

En Troyes, santa Esperanza virgen.

La misa es en honra de los dos santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum, pariterque pontificum Cleli et Marcelini, nos quæsumus, Domine, festa tueantur, et eorum commendet oratio veneranda. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que en las fiestas de tus pontífices y mártires Cleto y Marcelino; merezcamos su poderosa protección, y que por su intercesión sean gratas á tí nuestras oraciones. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4 de la primera del apóstol san Pedro.

Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hæreditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cælis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabit, modicum nunc si oportet contristari in variis tentationibus; ut probatio vestræ fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem, in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual por su gran misericordia nos reengendrará una viva esperanza, por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, á una heredad incorruptible, é incontaminada, é inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, quienes por virtud de Dios sois guardados por la fe para la salud, que está preparada para manifestarse en el tiempo postrimero. En el cual os regocijaréis, si por ahora conviene que seais algo afligidos con varias tentaciones; para que la prueba de vuestra fe sea hallada mas preciosa que el oro (el cual se prueba con el fuego) para alabanza, y gloria y honor, en la manifestación de Jesucristo Señor nuestro.

NOTA.

« Habiendo vuelto á Roma de su viaje al Oriente el apóstol san Pedro, el año 47 ó 48 de Cristo, escribió esta epístola, que dirigió principalmente á los Judíos convertidos que estaban esparcidos en el Ponto, Bitinia, Galacia, Asia y Capadocia. Tiénese por cierto que el apóstol se valió de san Marcos, su intérprete ó secretario, para escribirla en griego. Llama á Roma Babilonia por muchas razones que ya hemos dicho en otra parte. »

REFLEXIONES.

El Señor, segun su gran misericordia, nos ha reengendrado en la viva esperanza de aquella herencia que no está sujeta á corromperse, ajarse, ni marchitarse, la cual está reservada para vosotros en el cielo: *Qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam... in hæreditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cælis in vobis.* ¿Qué herencia es esta? ¿y quiénes son los que la logran? Una felicidad sin limites, sin medida; un bien inmenso, eterno; una alegría pura, colmada, exquisita; una tranquilidad inalterable, una hartura, una saciedad de todos los deseos; un puesto que es por excelencia todas las dignidades, término feliz de todos los honores: en una palabra, es la posesion del mismo Dios. ¿Y quiénes son los dichosos herederos de estos bienes? Nosotros; todos los cristianos. ¿Y es posible que pueda algun otro objeto excitar nuestro apetito, lisonjear nuestra ambicion, ni estimular nuestros deseos! ¿es posible que otro bien alguno pueda mover, embelesar, satisfacer tanto al alma, que la haga olvidarse de su herencia, hasta hacerse digna de ser desheredada! ¿Qué mayor

locura puede haber? ¿y en qué otro sentido puede entenderse aquella sentencia del Sabio, que *es infinito el número de los necios?*

Espérase en el mundo alguna herencia: ¡á qué cosas no se sujeta el que tiene esta esperanza! ¡qué leyes tan duras no se impone! Continuo y molestísimo cortejo, absoluta condescendencia con todos, sumisiones que humillan, sufrimientos, bajezas, lisonjas, desabrimientos, disgustos; todo lo traga, nada le repugna. ¡Y esto por una esperanza poco segura, muchas veces mal fundada, y por unos bienes siempre vacíos, siempre caducos, siempre falsos! Y una esperanza infalible en el motivo que la anima; que tiene por objeto un bien lleno, sólido, eterno, incapaz de corromperse, podrirse, ni marchitarse; un bien que por sí solo vale por todos los demás bienes, y sin el cual todos los demás son un sueño, una apariencia, una nada; ¡esta esperanza á nada nos alienta! ¡nada hacemos por ella! ¡Mi Dios, qué pobreza de entendimiento, qué corrupcion de corazón, qué fascinación ó que ceguedad hay mas lamentable que la nuestra, si suspiramos por otro bien, si nos dejamos deslumbrar por la vana esperanza de otra herencia! ¡Ah, Señor, qué verdad hay mas palpable; pero qué pocos la conocen! Léense estas reflexiones sin hacerse. Conviene todos sin dificultad en que no hay otros bienes sólidos sino los eternos; en que todo lo transitorio debe ser para nosotros muy indiferente; y en medio de eso los bienes presentes son los que únicamente nos atraen. ¡Oh, y cuánta verdad es que ninguno puede ser verdaderamente cristiano, sin ser verdaderamente hombre de razón; y que cuando se debilita la fe, también se debilita el entendimiento! El que se considera como peregrino ó como forastero en este mundo, poco caso hace de sus bienes ni de sus males. Las aflicciones de esta

vida avivan el ansia de los bienes de la otra; pesa poco la cruz á una alma que está animada con una viva esperanza; antes bien salta de gozo al verse afligida con diferentes pruebas por un poco de tiempo, sabiendo bien que los trabajos y adversidades de este mundo son como fianzas y prendas de la herencia que nos está prometida. En este sentido una persona pobre, enferma, perseguida, despreciada, abandonada, es una rica heredera. No repara en lo que tiene, sino en lo que tendrá. El heredero presuntivo de un reino goza de todos los honores, aunque no goce de las rentas ni de la autoridad. Ahora soy un pobre pastor, decia en otro tiempo David; pero despues seré rey. Tengamos una fe animada, una esperanza viva, una virtud constante, y nos hará saltar de gozo el pensamiento de la eternidad.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el dia XXII, pág. 526.

MEDITACION.

DE LA ETERNIDAD INFELIZ.

PUNTO PRIMERO.

Considera que despues de esta vida tan corta, tan frágil, que á cada hora y á cada instante se nos escapa; despues de este cortísimo número de dias tan tristes y tan inquietos, hay otra vida que ha de durar para siempre, dichosa para los que se salvan, pero sumamente infeliz y desgraciada para las almas que se condenan. ¡Ah! ¿y de qué número seré yo? ¿cuál será mi destino? Si no soy eternamente feliz, seré infeliz eternamente; no hay medio entre estos dos extremos. El sarmiento que no está unido á la vid, solo sirve para el fuego; ¡y aun si la semejanza fuera en todo perfecta! ¡si el condenado, que es arrojado

á las llamas, se consumiera en ellas! Pero el caso es que aquel fuego conserva á los mismos que abrasa.

Es la eternidad un infeliz estado, en que, por decirlo así, todas las diferencias de tiempo concurren y se reunen en un mismo punto para hacer mas infeliz al alma que se condena. ¡Qué sorpresa, qué desesperacion para una alma, acostumbrada en el mundo á esta continua sucesion de tiempos y de estaciones, de dias, de meses y de años, divertida con la mudanza y entretenida con la novedad, hallarse en un momento en aquel abismo inmenso de la eternidad, donde nada se muda! Desde el primer instante que entra en él, tendrá todo cuanto ha de tener para siempre: hallárase inmutablemente en el mismo estado, en el mismo sitio, en la misma disposicion, con las mismas impresiones que ha de experimentar por toda la eternidad. En aquel mismo momento padece ya toda la eternidad infeliz: eternidad de amargura, eternidad de arrepentimiento, eternidad de desesperacion, eternidad de tormentos. Toda la eternidad, digámoslo así, se junta, y la padece en cada instante.

¡O Dios, y qué destino, sufrir cada momento todos los tormentos imaginables, todos los tormentos que puede sufrir una alma; y sufrirlos todos juntos, y sufrirlos para siempre, y siempre sin esperanza de verlos acabar jamás, sin el menor alivio, sin el mas leve rasgo de paciencia! ¡O justicia de mi Dios, y qué terrible eres! Pero ¡ó locura, ó malicia del hombre, á qué extremo no llegas, cuando sabes que hay una eternidad infeliz, y pecas, y vives en pecado, y te expones al peligro de morir en pecado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en la contemplacion de esta eternidad se pierde el entendimiento; pero el alma del conde-

nado jamás perderá ni un solo instante de esta eternidad. Si despues de tantos millones de siglos como instantes han pasado desde que el sol gira sobre nuestras cabezas, se hubieran de acabar las penas de los condenados, no por eso dejaria de ser inexcusable el pecador en haberse granjeado voluntariamente una prodigiosa duracion de suplicios, por unos insulsos deleites que se pasaron en pocos momentos; pero al fin su locura seria menos intolerable. ¡Qué! ¿por un solo pensamiento consentido un millon de siglos de penas; por un pecado de algunos instantes un infierno de cien mil millones de años? ¡O Dios, y qué rigor! Pero, paciencia, que esos tormentos no son eternos; aunque su duracion sea espantosa, al cabo han de tener fin. Siendo esto así, podria decir un condenado: Todo lo que he padecido, eso menos me resta que padecer: ya tengo dos años, diez años menos de tormentos. ¡Pero una eternidad, una eternidad sin poder jamás decir: Un cuarto de hora menos tengo que sufrir; sin que al cabo de mil millones de siglos pasados en los tormentos pueda decir: Ya se pasó una hora de mis penas!

Sepultado, hundido, anegado en un abismo de fuego, que es al mismo tiempo todos los suplicios; inmóvil como una roca en medio de las llamas, penetrado de fuego como un carbon hecho ascua, el infeliz condenado se abrasa, rabia, se desespera, siempre está padeciendo, y siempre pensando qué ha de padecer sin fin y sin alivio. Hay infierno, ¡y los cristianos pecan! hay infierno eterno, ¡y el pecado tiene atractivo!

Aunque se haya pasado un incomprendible número de siglos desde que el miserable condenado está padeciendo, nunca podrá decir: *he padecido*. Sus tormentos siempre son presentes; porque en la eternidad no hay tiempo pasado. Siempre arder, y estar cierto de

que ha de arder para siempre : este es su destino. ¡ O Dios, y es posible que tan atolondradamente se corra á este horroroso precipicio, á esta espantosa eternidad !

Imagina que un hombre está condenado á padecer todas las penas del infierno hasta que haya anegado en sus lágrimas todo el universo, y que solo ha de llorar una sola lágrima de mil en mil años. Cain solo hubiera derramado hasta ahora cinco ó seis. ¡ Buen Dios, qué prodigioso número de siglos se pasarían antes que llegase á llenar de sus lágrimas este cuarto ! ¡ pues qué, si hubiera de llenar toda esta casa ! ¡ pues qué, si se hubiese de esperar hasta que de sus lágrimas se formasen grandes y caudalosos rios ! ¡ pues qué, si hubiese de padecer hasta derramar todas las precisas para llenar todo el inmenso espacio que ocupa el mar ! ¡ pues qué, si fuese necesario que inundasen toda la tierra, y que ocupasen todos los interminables vacíos que hay desde la tierra hasta el cielo ! Hace estremecer este solo pensamiento : justamente asombrada, sobresaltada la razon, se confunde, se pierde en esta espantosa extension de siglos. Con todo eso, aun siendo tan asombrosa, tan incomprensible esta duracion, no es la eternidad, no es ni la mas mínima parte de la eternidad ; porque despues de esa duracion de tiempo casi infinita, la eternidad queda toda entera. Ha de llegar tiempo en que un condenado pueda decir que, si hubiera derramado una sola lágrima de mil en mil años desde que está en el infierno, y que si Dios la hubiese milagrosamente conservado, ya estaria anegado en su llanto todo el universo ; y entonces aun le restará que padecer toda entera la misma eternidad ; ni un solo momento se habrá disminuido de su eternidad infeliz.

¡ Ah Señor ! ¿ y seré yo acaso un objeto digno de cólera tan terrible ? ¡ Ay de mí ! que demasiadamente

lo soy ; ya he merecido por mis culpas todas vuestras venganzas ; pero mi dulce Salvador Jesucristo derramó sobrada sangre para apagar todo el fuego del infierno, y para merecerme vuestra misericordia. Concededme, Señor, esta misericordia que vos mismo me habeis merecido, para que la cante en el cielo por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

*Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante ?
quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis ?*
Isai. 33.

¿ Quién de vosotros podrá habitar en medio de aquel fuego abrasador ? ¿ quién podrá habitar en aquellas llamas eternas ?

Domine , ne in furore tuo arguas me ; neque in ira tua corripias me. Salm. 6.

¡ O Señor, no me castiguis en medio de vuestro furor ; no me juzgueis cuando esteis airado contra mí !

PROPOSITOS.

1. Todo lo que pasa, todo lo que tiene fin es poca cosa, y hablando en rigor es nada. ¿ Qué es lo que tenemos ahora de los gustos ó de los disgustos que experimentamos en la niñez ? De aqui á cien años, ¿ qué impresion nos hará, ni molesta ni gustosa, lo que ahora nos está pasando ? Mientras vivimos, se suceden unos á otros los bienes y los males ; pero demos que duren estos por toda la vida, ¿ qué nos restará de ellos un instante despues de la muerte ? y respecto de la eternidad, ¿ qué es toda nuestra vida ? Hablando con propiedad, ningún mal es horrible, ninguno nos debe hacer desesperar, sino el que nunca pasa, el que jamás se ha de acabar. Pero si este mal es extremo,

si es el mayor de todos, ¿qué cosa mas terrible que su eterna duracion? Pues esta es la herencia de todos los que mueren en pecado mortal; esta es la suerte de todos los que se condenan: dolores sin medida, tormentos sin número, duracion sin fin. ¡O Dios, qué desgracia mas horrible ni mas digna de temerse! ¿Y es esta la desgracia que se teme mas? ¡Oh, qué prudentes fueron los santos en no perder nunca de vista esta espantosa eternidad! Imita su ejemplo y sus piadosas industrias. Si una cosa te deleita y otra te mortifica, considera que una y otra pasa, y que despues de estos cortos dias se sigue una eternidad. Al acabar tus oraciones de la mañana y de la noche, piensa siempre que hay una eternidad infeliz, y que una gran parte de los que hoy viven, y acaso la mayor, han de tener por su destino esta infeliz eternidad. Cuando veas morir algun amigo, algun pariente tuyo, haz luego reflexion sobre cuál será su desdicha si le ha cabido en suerte una eternidad infeliz. Nunca tomes diversion, nunca emprendas negocio de consecuencia, sin echar una ojeada hácia esta espantosa eternidad. No temas sazonar tus diversiones con este pensamiento: á la verdad no te darán tanto gusto, pero tambien te ahorrará muchos remordimientos. Uno de los medios para no caer en el infierno ni en la infeliz eternidad, es pensar en ella con frecuencia. ¡O mi Dios, qué dichosos, qué buenos cristianos seríamos si estuviéramos pensando siempre en ella!

2. Nunca te olvides de que la eternidad infeliz es fruto de unos deleites que duraron pocos momentos. Si el tentador te importuna, si la pasion se irrita, si el deleite es dulce, si la tentacion es violenta; llama luego al pensamiento la memoria y la imágen de la espantosa eternidad. ¿Se apodera de tu corazon la còdicia ó el amor de las riquezas? pues compara esa opulencia, esos bienes que gozas ó esperas gozar, con

la eterna falta de todo, que es la herencia de los condenados. ¿Se inquieta la carne con el atractivo de los deleites? pues pregúntate á tí mismo con el Profeta, si esos deleites tan cortos y tan superficiales podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando se te excite la cólera, cuando tus enemigos te ofendan, cuando las desgracias y los trabajos te persigan, considera qué cosa es arder, sufrir, rabiarse, ser infeliz y estar en desgracia de Dios por toda la eternidad. El pensamiento y la memoria de la eternidad acibáran, por decirlo así, el sánete de los gustos; pero tambien suavizan la amargura de los trabajos, y hacen tolerables y meritorias las adversidades. No te contentes con aprovecharte tú solo de esta piadosa industria; procura enseñarla tambien á tus hijos y á tus criados. Háblales con frecuencia de la eternidad; de cuando en cuando hazles una pintura de ella viva y penetrante. Estas reflexiones son siempre muy provechosas: ¿De qué me sirve ocupar el trono; vivir rodeado de esplendor y de abundancia por algunos pocos años, si he de ser despues infeliz por toda una eternidad?

DIA VEINTE Y SIETE.

SANTA CITA, VÍRGEN.

No hay estado tan pobre, no hay condicion tan oscura en el mundo, en que no se pueda, con la asistencia de la divina gracia, arribar á una eminente santidad. Prueba incontestable de esta verdad es santa Cita.

Fué de nacimiento humilde, hija de un pobre paisano. Llamábase su padre Lombardo, y su madre